

Mapas y memorias. Apostillas a una historia de la Bibliografía

Andrea CAPACCIONI

Director del Centro per l'orientamento bibliografico e per la documentazione, Universidad para los Extranjeros de Perugia
Profesor de Biblioteconomía (Universidad de Perugia)

Recibido: 17-9-2005

Aceptado: 22-10-2005

RESUMEN

El trabajo discurre a lo largo del estudio de la evolución del concepto y del término de Bibliografía teniendo en cuenta el rostro cambiante y polivalente de la misma. El autor comenta las aportaciones de los autores en cada una de las etapas históricas y la reflexión, con ayuda de los tratadistas más actuales de lo que, en la actualidad, representa la disciplina y su trascendencia en el ámbito de las ciencias del libro.

Palabras clave: Bibliografía, historia de la bibliografía, bibliógrafos.

Maps and Memories. Notes on a History of Bibliography

ABSTRACT

This paper examines the evolution in the meaning and use of the concept "Bibliography", bearing closely on its multi-faceted nature. In addition, the author evaluates the most significant research on this topic, and provides an assessment of the significance of the discipline in the wider context of the Book Sciences.

Key Words: Bibliography, History of Bibliography, Bibliographers

Es evidente que la Bibliografía se encuentra en la fase en que no hay necesidad de incrementos cognoscitivos o simples ampliaciones conceptuales sino más bien de una refundación teórica esencial. De no ser así, la pobreza y la impotencia de la disciplina serán evidentes al punto que, atravesada la capa de la tradición, se abrirá un abismo definitivo para todo tipo de pretensión científica. A tal fin sirven urgentemente ideas o, al menos, intuiciones; en otras palabras un repensamiento creativo.

(Alfredo Serrai. *Il cemento della bibliografia*, 2001)

1. VIDAS DE BIBLIÓGRAFOS ILUSTRES: CASIODORO, GESNER, GREG

Se dice a menudo que la bibliografía es una invención de la imprenta. Nada más falso, porque es fácil demostrar, sin duda alguna, que existen bibliografías de factura limitada mucho antes del fin de la época de los manuscritos. (Besterman, 1950, p. 13).

El calabrés Flavio Magno Aurelio Casiodoro figura entre los pioneros de la bibliografía. Nacido en torno al 490 d. C. en el seno de una importante familia, desempeñó diversos cargos públicos hasta el momento en que decidió retirarse y fundar el monasterio de Vivaro en su tierra natal. Dejó escritos de carácter histórico, teológico y también un manual de ortografía (*De orthographia*). Hacia el año 562 concluye las *Institutiones divinarum et humanorum lectionum*, cuyo objeto era introducir en el estudio de la Sagrada Escritura y de las Artes Liberales a la pequeña comunidad de monjes que se agrupaban en torno a él (Casiodoro, 2001). Se trata en realidad, y en particular la primera parte, de una bibliografía razonada. Basta recorrer el índice: Se examinan el Octateuco (el Pentateuco más los libros de Josué, Jueces y Ruth), el libro de los Reyes, los Evangelios, las Actas de los Apóstoles y el Apocalipsis. Hay también capítulos dedicados a lecturas sobre San Hilario, San Cipriano, San Ambrosio. Más adelante encontramos una reflexión *sobre El amor con el que se debe leer la Sagrada Escritura* (cap. XXIV), sobre *Los cosmógrafos que los monjes deben leer* (cap. XXV), sobre *Qué deben leer aquellos que no les es posible adentrarse en los textos filosóficos* (cap. XXVIII) y otros.

Casiodoro lee y prepara los manuscritos, prepara con amoroso cuidado no solo una lista de las lecturas –los libros de la Biblia en particular y los escritos de los principales comentadores– sino también la transcripción de los textos más importantes, disponiendo ediciones especiales para los monjes de su monasterio.

Besterman recuerda, por ejemplo, que, en la biblioteca del sabio de Squillace había un manuscrito en el que las obras bibliográficas de San Jerónimo y de Gennadio aparecían reunidas en único volumen (Besterman 1950, p. 16). Escribe Casiodoro:

Pero tu, diligente lector, cuando te sientas satisfecho de estas obras /de los cristianos históricos/ y tu mente irradie de luz divina, lee el libro de San Jerónimo *Sobre los hombres ilustres*, en el que ha rendido honor a diversos Padres y a sus escritos con breves tratados. Lee, pues, un segundo libro, escrito por Gennadio de Marsella que, con la máxima atención, ha tratado a los escritores de la ley divina, a los que había investigado con gran pasión. He dejado ambos libros reunidos en un solo volumen por el temor de que la necesidad de usar varios códices provoque retrasos en el conocimiento de la materia (Casiodoro, 2001, pp. 99-100).

En la época de los manuscritos esto era posible. Era más importante el texto, se imponía la obra en sí. Por el contrario, el soporte, los elementos ligados a la publicación revestían, como veremos mejor de inmediato, un interés secundario.

Casiodoro se inscribía en una tradición cuyas raíces impregnaban el mundo clásico y pagano. Un ejemplo significativo lo constituyen los *Pinakes* (elencos) de Calímaco. El poeta griego (350-240 a. C. circa) compiló un elenco de obras de autores conservados en la Biblioteca de Alejandría (Blum/1977/1991: Caproni 1980, p. 18). De este catálogo, equiparable a una bibliografía quedan pocas huellas y tan solo algunos testimonios:

Una clasificación general la intentó Calímaco con sus Catálogos subdivididos por géneros correspondientes a otros tantos apartados de la biblioteca: *Catálogos de los*

autores que brillan en cada una de las disciplinas era el título del colosal catálogo que ocupaba ciento veinte rótulos. Pero no era ciertamente un plan o una guía. Solo mucho más tarde, en el tiempo de Dídimo, se realizó una compilación. Los Catálogos de Calímaco solo servían a los experimentados. Y, de cualquier modo, como se basaba sobre el criterio de relacionar solamente los autores que habían “brillado” en varios géneros, el repertorio de Calímaco debía representar una selección, aunque muy amplia, del catálogo completo. Épicos, trágicos, cómicos, médicos, retóricos, leyes son algunas de las categorías: seis secciones para la poesía y cinco para la prosa (Canfora 1987, p. 47).

Bibliotecario y escritor, Calímaco es considerado el iniciador del género de la “biobibliografía”. Al nombre de cada uno de los autores añadía algunas anotaciones biográficas (Blum). Esta tradición hallará nueva savia vital en los escritores católicos en particular en los Padres de la Iglesia.

En el siguiente período, el ejemplo de los *Pínakes* de Calímaco fue imitado antes que nadie por las bibliografías de algunos autores griegos y, después, por las biobibliografías de autores griegos, reagrupados en clases o categorías, en obras generales. Los romanos tomaron la obra como ejemplo para trabajos similares sobre sus autores. A partir de finales del siglo IV comenzaron a publicarse las biobibliografías de los autores cristiano; San Jerónimo fue el primero de una larga cadena de dichos escritores (Blum /1977/ 1991, p. 245).

En Casiodoro es posible obtener un rasgo de originalidad. Y la originalidad, como veremos en breve, anticipa los tiempos. Cuando escribe las *Instituciones* piensa en su comunidad monástica. Su mayor preocupación es la salud espiritual de los hermanos, su educación. Teme la falta de buenos maestros y de escuelas autorizadas que garanticen una correcta formación. En condiciones similares, los libros, si bien elegidos y consultados, pueden constituir una buena alternativa. De aquí procede la decisión de disponer una biblioteca especializada en lecturas sagradas y textos de los más importantes comentaristas.

Las *Instituciones* constituyen una guía para la lectura de los libros depositados en la biblioteca del Vivarium. Probablemente deberíamos considerar la obra como un catálogo razonado. Sin embargo, la cantidad de libros descritos y la amplitud de la doctrina que el escritor ha prodigado han elevado este trabajo al rango no solo de un clásico de la literatura cristiana y occidental de los orígenes sino a un modelo del género de los repertorios.

No es inútil, llegados a este punto, referirse a una cuestión que continua dividiendo a los estudiosos: ¿la bibliografía es hija de la imprenta o nace de una primordial exigencia de comunicación del hombre y, sin embargo, prescinde de tecnologías específicas? Los historiadores de la bibliografía todavía no se han puesto de acuerdo. Los que sostienen la primera hipótesis, esto es, que la exigencia de una praxis bibliográfica se ha manifestado a partir de la invención de la imprenta basan su opinión, sustancialmente, en dos consideraciones: en la época de los manuscritos se registran a menudo en las citas bibliográficas la ausencia de algunos elementos descriptivos esenciales (relativos, por ejemplo, a la responsabilidad intelectual de la obra o a la publicación); en los años que siguen a la difusión del arte de la

imprensa, el crecimiento exponencial de la difusión del libro creó una fuerte demanda bibliográfica y, por consiguiente, un incentivo para la elaboración de repertorios:

La historia de la bibliografía se inicia solo medio siglo después del invento de Gutenberg. Cuando la imprenta se difunde y se publican muchos libros, los estudiosos sienten la necesidad de poseer más información sobre autores y sobre sus publicaciones (Blum /1989/ 1980, p. 14).

Como hemos visto, no es equivocado sostener que en el tiempo de los manuscritos no se tenía una percepción material, física del libro. La obra o, mejor, su contenido era lo más importante. El autor, por el contrario, tenía un papel subordinado y los demás elementos no se tomaban en consideración. Pero esta falta de complitud de la cita bibliográfica, definida por Blum como “falta de detalles bibliográficos” no puede comprometer la función comunicativa de un repertorio así como no persuade la consideración de carácter histórico. Es cierto que la circulación de los libros experimentó una aceleración tras la invención de la imprenta y que había aumentado la masa de los textos circulantes pero una bibliografía realiza sus objetivos comunicativos no obstante fuese difundida en el entorno de una pequeña comunidad. Añade Balsamo:

No parece correcto, ante todo, ligar automáticamente el nacimiento de la bibliografía con la aparición de la imprenta por cuanto la exigencia de información relativa a la producción literaria en general habría sido satisfecha en forma escrita, no solo oral, también con anterioridad. Más bien se observa cómo la tipografía había provocado, en el sector de la información, cambios notables de carácter estructural. Esta revolución tecnológica de la edad moderna tuvo grandes efectos en el plano cultural ya que el hombre venía a disponer de nuevos instrumentos que aumentaron enormemente la capacidad de documentación y de información escrita potenciando de este modo la eficacia (Balsamo 1992, p. 7).

Por las razones acabadas de exponer, aparecen más convincentes las tesis de los que atribuyen a la bibliografía la tarea “de coordinar y hacer fructificar el saber de manera particular, haciendo conocer los libros y promoviendo su difusión” (Balsamo 1992, p. 7). La bibliografía se convierte, según esta interpretación, en elemento importante en la historia de la cultura.

Volvemos a Casiodoro. Hay elementos de singular semejanza entre el trabajo del monje erudito que solamente podía manejar códices y manuscritos y el de un conocido bibliógrafo francés que vivió cien años después de la invención de la imprenta, Gabriel Naudé (1600-1653). Se pueden observar afinidades entre las *Institutiones* de Casiodoro y la *Bibliographia politica* de Naudé impresa en Venecia en 1633.

La presencia del trabajo de Naudé en el ámbito de la historia de la bibliografía es cuestión objeto de debate. Si por un lado todos reconocen en esta obra el primado del uso de dicha palabra, con una acepción muy próxima a la moderna del término “bibliografía”, por otro no son pocos los que (basta con citar a Besterman) la consideran una contribución secundaria, y el uso de dicha palabra una casualidad atribuyendo a otros el mérito de haber sentado las bases de la bibliografía moderna.

El bibliógrafo francés se encontraba en Cervia por motivos de trabajo cuando le llegó la petición de Jacques Gaffarel –bibliotecario del cardenal Richelieu y estudioso de la Cábala– para componer una especie de guía de las lecturas más importantes sobre política. Naudé, ferviente bibliófilo, había alcanzado cierta notoriedad en el mundo de los *savants* gracias a la publicación de un librito titulado *Advis pour dresser une bibliotheque* (Paris, 1627) en que se incluían indicaciones para mejor organizar una biblioteca. No se trataba de un trabajo teórico sino de una colección de recomendaciones para el presidente del parlamento francés Henri de Mesme (Balsamo 1992, pp. 51-54). En los primeros decenios del siglo XVII, en la localidad de Romagna no era posible reunir todas las obras que él necesitaba. Escribe Naudé:

Residiendo actualmente en la ciudad de Cervia, antiguamente llamada Cerevia y Phicocle, y viviendo en un lugar donde no solo faltan los libros y los estudiosos a lo que recurrir en ayuda para esta empresa, excepto de la sal que se produce en gran cantidad procedente del agua del mar que viene a través de canales en pequeñas fosas cuadradas, donde se deja a los más ardientes calores del sol y a un ligero viento que sopla /.../ Los habitantes de este lugar se ocupan solo de esto y no tienen en cuenta el resto de las artes ni las disciplinas necesarias para la vida.

Entre tantas dificultades y haciendo de la necesidad virtud, como “los antiguos romanos que, cuando no podían construir con piedra sus ciudades se contentaban con usar ladrillos”, el erudito francés, para preparar un elenco de lecturas sobre el tema, ofrece un largo discurso en el que se mencionan autores y textos muy libremente o con gran imprecisión. Sobre todo en lo que respecta a la indicación de los títulos, a menudo citados de memoria y por ocultar datos relativos a la publicación que son de hecho ausentes.

Por esta razón Naudé prefiere definir su trabajo con el término más genérico de “bibliographia” en vez de con el de “bibliotheca” más en boga entonces para este tipo de obras. El término “bibliographia” no era habitual en aquellos años. Por citar tan solo dos ejemplos, recordaremos que en 1634, el año siguiente de la salida de la “Bibliographia politica”, el erudito Leone Allacci definía “bibliografía” al trabajo, todavía inédito, de Jacques Gaffarel titulado *Index codicum cabbalistic* (Serrai 1993, p. 630) y que en 1645 salía en Paris la *Bibliographia parisina* del carmelita Louis de Saint-Charles Jacob.

Entre las *Instituciones* de Casiodoro y la *Bibliographia politica* de Naudé, más allá de las evidentes diferencias, se pueden observar, como hemos dicho, algunas relaciones. Los dos autores, ante todo, son eruditos, alimentan el interés por el objeto libro, manuscrito e impreso (Naudé en particular). Conciben, pues, sus obras en condiciones difíciles –son pocos los libros a su disposición– o de aislamiento, aunque para Casiodoro la soledad es una elección. El modelo preferido para Naudé participa no poco del estilo del monje calabrés que, a su vez, tiene como fuentes las obras de San Jerónimo y Gennadio.

De cualquier modo los dos estudiosos coinciden en un mismo modo de hacer bibliografía. Y es quizá por esta razón por lo que algún estudioso contemporáneo

observa que la obra del francés no debe ser considerada entre las bibliografías sino más bien en los ámbitos de la literatura producida de una cierta materia (Blum /1969/ 1980, p. 20). Corresponde, sin embargo, a la *Bibliographia politica* de Naudé, y mientras dure el debate, la autoría del término “bibliografía”.

Conrad Gesner tenía una especial predisposición hacia los inventarios. Antes de dedicarse a la recopilación de noticias de libros, había publicado en 1542 un *Catálogo de las plantas*. Como buen naturalista conocía el método de observación directa y del estudio del campo. Son conocidos sus viajes a Suiza en busca de piedras o de animales para describir. Tuvo, además, la ventaja de poder frecuentar muchas bibliotecas como la Biblioteca Real de París y la Biblioteca Carolina –ordenada y dirigida por su maestro Conrad Pellikan– de Zurich, las cuales le habían dado permiso para acceder a algunos de los más ricos depósitos del saber de su tiempo.

Quedó de tal modo impresionado por la “abundancia y la variedad de las obras producidas por el genio humano” (Braun 1990, p. 44) localizadas en estos lugares que concibió, a los veintinueve años, un proyecto editorial que decir que fue laborioso es poco: una guía del saber mundial. El primero, un sólido tomo, más de mil doscientas páginas en formato folio titulado *Bibliotheca universalis*, vio la luz en 1545. Y se considera uno de los primeros intentos de bibliografía general e internacional. En la *Bibliotheca* aparece una lista de autores que han escrito y publicado obras en una de las tres lenguas doctas de la época: latín, griego y hebreo. Se trataba de lograr, aunque la exhaustividad era difícil, el mayor número de informaciones bibliográficas bien seleccionadas. En 1548 publicó las *Pandectas (Pandectarum sive partitionum universalium libri XXI)* en que “la impresionante” mole de informaciones contenidas en el primer volumen aparecía subdivida en temas. Un año después salía un volumen complementario de las *Pandectas* dedicado a la teología (*Partitiones theologicae*). La última parte, cuyo objeto era reorganizar las noticias contenidas en la obra por *loci communes*, o bien por los temas considerados más difundidos y conocidos, no vio nunca la luz.

¿Qué impulsa a un joven estudioso a una empresa de este tipo? ¿El deseo de fijar el saber hasta el momento gracias a tantos libros y numerosos manuscritos? ¿La voluntad de facilitar un instrumento de orientación para sí y para la comunidad intelectual a la que se dirigía?

El conjunto de los códices recobrados y el de las obras impresas era enorme; y ello valía tanto para los estudiosos que debían servirse de ellas como para los editores que habrían querido emprender publicaciones y reimpressiones. Nada era más urgente que preparar un inventario, fácilmente consultable, de todo el patrimonio literario y científico: pero ello era posible a condición de identificar, reagrupar, categorizar y ordenar la materia documentaria y sus contenidos (Serrai 1997, p. 66).

Gesner compartía el interés por la bibliografía con su amigo y editor de la obra el zurigués Christoph Froschauer. A él dedica en las *Pandectas* un elogio en que se mencionan sus méritos en el campo de la difusión de los conocimientos. Así es en Gesner la atención por los editores en promover los catálogos de los tipógrafos, los editores de hoy, al rango de fuentes primarias de información. El autor de la *Biblio-*

theca universalis vive inmerso en la realidad editorial de su tiempo. Colabora con algunos impresores, frecuenta las oficinas tipográficas, visita librerías y bibliotecas. Aún venerando los autores clásicos, que lee en su lengua original, mantiene una pasión especial por el libro impreso.

Serrai ha señalado las cualidades específicas de esta obra respecto a las precedentes. Tomemos como ejemplo el *De scriptoribus ecclesiasticis* al cuidado del alemán Johannes Trithemius (1462-1516) considerado uno de los padres de la bibliografía. Una nota de urgencia: las varias paternidades de la bibliografía justifican el debate sobre el origen de la disciplina. En el *De scriptoribus*, un repertorio dedicado a los escritores eclesiástico,

las obras quedan extractadas e indicadas de forma autónoma sin que de ninguna se sepa su procedencia o su objeto: era una actitud que seguía a la época manuscrita cuando la bibliografía era libre de ocuparse de las obras literarias, independientemente del hecho de que fueran escritas en un códice exclusivamente a ellas dedicado o en elaboraciones poligráficas /.../ La diferencia entre las ediciones manuscritas y las impresas reside de hecho en su personalidad material: que en las primeras no es influyente, en cuanto esencialmente variables, autónomas y desvinculadas del objeto del registro; en las segundas, por el contrario, aparecen definitivamente configuradas y estables en cuanto reproducidas en un gran número de ejemplares sustancialmente idénticos (Serrai 1997, p. 63).

La *Bibliotheca universalis* viene precedida por la *Epistola nuncupatoria* en la que Gesner despliega las razones que le han conducido a emprender una tarea compleja. Leyendo esta carta introductoria, facilitada en el detallado epítome de Serrai, advertimos que la bibliografía se transforma, de una parte, en memoria del saber y de otra en mapa de los conocimientos.

En nuestra experiencia personal sabemos que los simples objetos nos permiten hacer revivir el pasado. Una foto, unas gafas, un viejo cuaderno escolar se convierten en testimonios preciosos de personas o momentos de la vida que nos gusta recordar. Los libros participan con pleno derecho en este proceso de conservación, contribuyendo no solo a difundir los conocimientos sino también a garantizar un amplio uso en el tiempo. Por medio del meticuloso trabajo de recopilación de informaciones bibliográficas en las bibliotecas, en las librerías y en los catálogos de media Europa, Gesner pudo conocer la existencia de obras que jamás han llegado hasta nosotros y ya irrecuperables en su tiempo. Se advierte así cómo el patrimonio literario más antiguo había sufrido pérdidas irreparables:

Cualquiera que se interese por el destino de la civilización, tristemente al corriente de las penosas vicisitudes de la historia y consciente de que los peligros que amenazan a los libros, y con ellos el destino de la cultura, no han cesado completamente—basta pensar, además de la amenaza inminente de los turcos, de los daños accidentales, del fuego, de los insectos que, continuamente, ponen en peligro la sobrevivencia y la buena conservación de los libros— no puede no empeñarse en salvar el patrimonio de libros y hacer que éste llegue a las futuras generaciones en modo tal que se transmitan los instrumentos para el conocimiento y la crítica” (Serrai, 1997, p. 78).

Es interesante anotar cómo la bibliografía participa en la conservación del patrimonio librario y contribuye a salvaguardar la memoria cultural. En este caso es evidente la reiteración de un tema caro a Casiodoro.

La bibliografía recibe una indudable contribución de los autores cristianos. El monje calabrés, el protestante Gesner y los demás se empeñan en la salvaguardia del patrimonio cultural porque, de este modo, educados en la memoria de Cristo, manifiestan su reconocimiento hacia la realidad que comprende el mundo de las ideas y de las letras, expresión de su Creador.

La *Bibliotheca universalis* se ha convertido en un modelo bibliográfico. La obra, nacida como repertorio bibliográfico destinado a un público de estudiosos, docentes universitarios y bibliotecarios, no se ha limitado a describir los libros proporcionando informaciones esenciales sobre el autor, el título, la edición sino que han sido examinados desde el punto de vista del contenido y los ha ubicado dentro de un esquema clasificatorio.

La bibliografía no facilita solo un cuadro más o menos completo de la producción de un determinado autor o de cualquier tema sino que realiza una auténtica carta geográfica de uno o más territorios del conocimiento:

Recapitulando, la Bibliografía es una metaciencia que no se limita a inventariar la totalidad de los documentos escritos –que en tal caso devendrían en archivo privado de consciencia y sin metas– sino que dicha totalidad subsume, distribuye y articula de tal modo que resulte disponible en diversos planos y para todo conjeturable itinerario de búsqueda (Serrai 2001, p. 90).

“Descriptive, or to use the wider term, systematic bibliography, the classification of individual books according to some guiding principle, seems to be regarded by most writers on the subject as bibliography *par excellence* (Greg 1998c).

Walter Wilson Greg, todavía no alcanzado el título de barón, hacía notar con indisimulada impaciencia cómo en los inicios del siglo XX la mayor parte de los estudiosos consideraba la bibliografía como una actividad dedicada a elaborar listas de libros. Por el contrario, el estudioso insistió toda la vida en que la disciplina debería ocuparse del libro como objeto, del análisis de sus procesos productivos y de la descripción analítica del ejemplar.

Sin embargo, no libró solo esa batalla. Bien por la solidez de algunas opiniones compartidas al mismo tiempo y sucesivamente por otros estudiosos, bien por la influencia creciente de la cultura anglosajona (Traniello 1997, pp. 277-281) las posiciones de Greg tomaron fuerza incluso fuera de su país.

Algunos ejemplos paradigmáticos. El francés Roger Chartier ha descrito recientemente como “clásica” la definición que atribuye a la bibliografía el “estudio de la materialidad del libro” (Chartier /1992/ 1994, p. 39 En el caso de Greg no será, pues, posible hablar simplemente de bibliografía. Por el contrario, será necesario recurrir a algunos adjetivos para establecer nítidamente a qué aspectos de la disciplina nos estamos refiriendo. (Atkinson/1980/2004). Si tenemos que definir una lista de publicaciones con respecto a un determinado argumento o a un autor tendremos la obligación de especificar que se trata de una bibliografía enumerativa; por

el contrario, en el caso del estudio de una edición, de su producción y de su recepción, hablaremos de bibliografía analítica o descriptiva. Son estos últimos modos de entender la bibliografía los que encuentran acomodo en la tradición italiana y en Francia y Alemania durante los siglos XVIII y XIX pero en forma de disciplinas diferentes como la bibliología y la filología.). También López Yepes, en el ámbito español, llega a las mismas conclusiones sobre la base del análisis de la principal bibliografía sobre el tema.

Roy Stokes, a fines de los sesenta del siglo pasado, distinguía cinco tipos de bibliografía: enumerativa, analítica o crítica, descriptiva, textual e histórica (Stokes 1969).

Todo comenzó con una actuación de Greg dictada por el carácter temerario e incluso arrogante propio de la juventud (Greg 1998b, p. 119). El 19 de febrero de 1912, frente a los mesurados miembros de la Bibliographical Society de Londres, procedió a sembrar las primeras dudas: “I am inclined to think that it /la bibliografía/ sufres from its name” (Grez 1998c, p. 86).

La cita se hizo famosa. ¿Por qué la bibliografía sufre por su nombre? La cuestión había sido objeto de debate con anterioridad. El mérito de Grez fue haberla planteado desde nuevos presupuestos. Muchos habían reflexionado sobre la etimología, sobre la utilizó por vez primera, sobre sus diversas acepciones. La palabra “bibliografía”, tal como la usamos hoy en día, había hecho su primera aparición en el siglo XVII difundiéndose más tarde en los dos siglos siguientes (Blum /1969/ 1980).

Greg comenzó a desarrollar una “más amplia y profunda concepción del significado de “bibliografía” partiendo de su trabajo de filólogo mientras colacionaba las ediciones impresas y los manuscritos de los dramas isabelinos (Grez 1998b, p. 133). A lo largo de los años, el estudioso inglés profundizó sus ideas en conferencias y ensayos hasta lograr un nuevo significado del término que hizo fortuna en el Reino Unido y en los Estados Unidos. Había nacido la *new bibliography*. La bibliografía asumía el papel de “gramática de las indagaciones literarias”, comenzaba a ocuparse del estudio del libro entendido como objeto material y se insertaba en la ciencia de la transmisión textual literaria (Greg 1998^a, pp. 135-157). Greg, como hemos visto, se guardaba de considerar la bibliografía únicamente en sus aspectos enumerativos o clasificatorios (cfr. Stokes 1969, pp. 14-15). No obstante, en los países de tradición anglosajona no se había abandonado la tradición enumerativa: pensemos en los *Short Title* y otras apreciables obras bibliográficas como *A World Bibliography of Bibliographies* de Theodore Besterman.

2. TODOS LOS POSIBLES NOMBRES

“Esta cuestión es un poco extraña, dijo el doctor Wagner actuando de modo que su autocontrol pareciera creíble. Que se sepa es la primera vez que un monasterio tibetano dispone de un ordenador. No quiero ser indiscreto pero jamás habría imaginado que vuestra comunidad necesitara una máquina de esta naturaleza. ¿Puedo preguntaros qué queréis hacer con ella?”

“Con mucho gusto, responde el lama ajustándose los bordes de su vestimenta de seda y situando sobre el tablero la regla que había usado para calcular el cambio de las monedas. “Vuestro ordenador Mark V puede manejar todas las operaciones matemáticas hasta 10 decimales. Sin embargo, para nuestro trabajo interesan las letras no las cifras. Le rogaría modificar el circuito del output de modo que imprima palabras y no columnas de números”.

“Me parece no comprender bien...”

“Este es un proyecto en el que estamos trabajando tres siglos, desde que se fundó el monasterio. Se trata de algo distante de su modo de pensar pero espero que escuche mis explicaciones sin prejuicio alguno”.

“De acuerdo.”

“Es bastante simple. Estamos compilando la lista que contenga todos los posibles nombres de Dios”.

Aethur C. Clarke, *Los nueve mil millones de nombres de Dios*.

En el curso de su larga vida llena de episodios, Rudolf Blum (1909-1998) se dedicó relativamente tarde a la bibliografía (Traiser 2000, pp. 207-211).

Ello no obstante, al bibliotecario alemán se debe una de las obras más importantes en el campo de la historia de la bibliografía titulada *Bibliographia: eine Wort- und begriffsgeschichtliche Untersuchung* y publicada –curiosa coincidencia– en 1969 al igual que *The Function of Bibliography* de Stokes.

Partiendo de una observación de Pierre Carron a finales de los años treinta del pasado siglo en que se evidenciaba cierta confusión en el uso del término “bibliografía” en diversas naciones, Blum advertía la falta de un estudio de carácter introductorio que analizara, cronológicamente y por áreas lingüísticas, estas diferencias. ¿De qué modo se denominaban cada una de las bibliografías? ¿Cómo se designaba la literatura de este sector? ¿Cuáles eran las acepciones diversas atribuidas a la bibliografía?. El estudioso berlinés procuraba responder a estas cuestiones de modo claro y para ello examinó un gran número de publicaciones sobre la materia: desde simples listas de libros hasta obras más estructuradas incluyendo también los catálogos de bibliotecas. El objeto era observar las transformaciones del término y la evolución de su campo de acción.

Si damos un paso atrás, descubrimos que el interés de Blum por la bibliografía nace en Italia y que su implicación en el mundo de las bibliotecas tiene como causa un doloroso accidente. Joven estudioso y lleno de voluntad y talento, tras su licenciatura en filología clásica en la Universidad de Berlín en 1933 y la superación al año siguiente del examen de Estado obtiene la habilitación como profesor. Su destino parecía fijado cuando fue objeto de la aplicación de las leyes racistas impuestas por el régimen nazi, en particular de la norma “para la depuración del estatuto de los funcionarios públicos” en vigor en 1933 y que excluía a los judíos de la vida pública. Cuando las autoridades conocieron el origen hebreo de un miembro de su familia le negaron el acceso a un puesto de trabajo público y para un profesor ello significaba el paro forzoso.

La solución inesperada a sus problemas vino de Italia. A fines de 1934 Blum supo que el filólogo Giorgio Pasquali buscaba jóvenes estudiosos alemanes para

aprendizaje en Florencia. Aceptó la idea de su traslado: en el fondo ¿Qué mejor situación podría desear un experto en filología clásica?. Para describir aquellos años en Italia existe un manuscrito inédito que, gracias al interés de Diego Maltese, está hoy a disposición del público italiano (Blum 2000, pp. 213-236; “La bibliofilia”, 3, 2000, pp. 265-297).

Blum, después de haber superado aquellas iniciales dificultades, supo adaptarse bien. La condición de desterrado fue compartida en aquellos años por muchos de sus compatriotas, algunos de ellos judíos (Voigt 1993). Intelectuales, profesores, estudiantes prefirieron refugiarse en Italia no obstante la buena relación entre los gobiernos de los dos países (2).

En la Universidad de Florencia le fueron convalidadas muchas asignaturas aprobadas en Alemania. Así, pudo graduarse en poco tiempo trabajando con Pasquali y matriculándose en la prestigiosa Escuela especial para bibliotecarios y archiveros fundada por el paleógrafo Luigi Schiapparelli. Todo ello contribuyó a configurar su futuro.

Blum se hallaba ya en posición de ostentar un elevado dominio del italiano hablado y escrito. El mismo Maltese, que lo conoció en otro tiempo, conserva vivo el recuerdo “de su modo de hablar en italiano, de manera sencilla y ágil” (Blum 2000, p. 213). Se convirtió en el alumno preferido del director de la Escuela, el filólogo románico Carlos Battisti con el que se doctorará. Es interesante anotar que su tesis consistió en una bibliografía de los dialectos italianos desde 1910 a 1935 (3). Esta es la ocasión en que, por vez primera, Blum se aproxima a la bibliografía con un proyecto especializado y este intento constituye probablemente una de las iniciales manifestaciones del interés que, cerca de treinta años después, cristalizará con la preparación y la redacción de la *Bibliographia*.

Blum intentó con su obra hacer lo que los monjes budistas de la narración de Clarke habían hecho con el nombre de Dios: elaborar una lista que contuviera todas las posibles definiciones de bibliografía. Sin recurrir al ordenador, al que, por otra parte, reconoce su utilidad en la organización y recuperación de la cada vez más abundante información bibliográfica, pero solo con la ayuda de un estudio de poco más de doscientas páginas, el germano nos ofrece una guía indispensable para comprender las metamorfosis, con frecuencia imperceptibles, de la bibliografía.

3. RECOMPONER EL ROSTRO DESFIGURADO DE LA BIBLIOGRAFÍA

A simple listing or “enumeration” of books is what most people think of when they hear the Word “bibliography” (Tanselle 1998, p. 188).

No es casual que hayamos seleccionado una afirmación de Tanselle, máximo representante en activo de la bibliografía analítica, para describir el estado de la bibliografía. En ella se puede observar un fastidio, advertida también por Greg, unida a la constatación de que todavía hoy en la palabra “bibliografía” se ve la imagen de una lista de libros, la idea de enumeración. Para una mejor comprensión, recurramos una vez más a la sensibilidad de Tanselle:

The Most common perception, I believe, of the distinction between enumerative and descriptive bibliography is that the former focuses on the intellectual content of books and the alter on books as physical objects (Tanselle 1998, p. 188).

El libro tiene una doble naturaleza. De una parte, se presenta como un producto intelectual y, de otra, como producto material. En otras palabras, de un lado figura el texto literario, la obra científica, la creación intelectual; de otro, el soporte físico, esto es, el códice, el libro impreso, el *e-book*.

La bibliografía enumerativa se ocupa del primer aspecto; la analítica, del segundo. Se trata, en realidad, de un juego de denominaciones. En gran parte de Europa, como hemos tenido ocasión de constatar, es la bibliología la que se ocupa del libro entendido como objeto físico, la que investiga la historia de su producción y de su recepción y se basa en los aspectos artísticos (xilografías, grabados, cubiertas, etc.). Bibliófilos, coleccionistas de libros, libreros, contribuyeron a estos intereses mientras algunos estudiosos se apropiaban de una gran cantidad de informaciones ubicada en los catálogos de las librerías o de las subastas en que eran vendidos preciosos volúmenes o en los repertorios de libros raros. La bibliofilia llegará a ser una disciplina en que se conjugan el estudio de la historia de la tipografía y la del libro y las bibliotecas. Nace la bibliología: un sector de estudios que, a fines del siglo XIX, resultaba grato al mundo académico y bibliotecario.

Es en esta fase cuando llega del Reino Unido, como sabemos, la agresión a la común percepción de la bibliografía, a su indivisibilidad. El frente fue abierto por los estudiosos de la bibliografía inglesa que vivieron a caballo entre los siglo XIX y XX. Los primeros fueron Robert Proctor, Henry Bradshaw, Alfred William Pollard, gran experto en Shakespeare; el papel central corresponde al especialista del drama isabelino Walter Wilson Greg. Le acompañan: Ronald Brunlees McKerrrow (*An Introduction to Bibliography for Literary Students*, Oxford 1927), Fredson Bowers (*Principles of Bibliographical Description*, Princeton 1949), Philoip Gaskell (*New Introduction to Bibliography*, Oxford 1972); hasta los contemporáneos, el americano George Thomas Tanselle (*Literature and Artefacts*, Charlottesville 1998) y el neozelandés Donald F. McKenzie (*Bibliography and the Sociology of Texts*, London 1986) (cfr. Blum /1969/ 1980, pp. 174-175).

Procede comprender que, tras más de un siglo de discusiones, la bibliografía aparece dividida. Además del “cisma” anglosajón, ha debido sufrir, a partir del siglo XVIII, un agravio más fuerte: la progresiva reducción de autoridad y la sustracción de muchas de sus competencias. En un ensayo, cuyo sugestivo título se ha utilizado para el presente parágrafo, escribe Serrai:

La Bibliografía, en cuanto saber y doctrina de los libros y de sus compilaciones aparecía, por el contrario, sobre un trono dominando el conjunto de las disciplinas y la globalidad del saber. No por azar, en los primeros siglos de la invención de la imprenta, formaban parte de la Bibliografía las enciclopedias en cuanto se presentaban como el conjunto de doctrinas y nociones, más bien como la estructura orgánica del saber íntegro, y no como mera exposición sintética y divulgativa de lo que resultase conocido (Serrai 2000, p. 13).

Así, con el rodar de los siglos, se pierden las huellas, ya de las originarias competencias de la bibliografía, absorbidas por otras disciplinas, ya de su papel central en el ámbito del saber, al menos entre los siglos XVI y XVIII. Nos enfrentamos a una decadencia muy similar a la que afectó a la *Historia Literaria* cuando se redujo a un mero aparato erudito y a su desaparición. La *Historia Literaria*, según Blum, no había desarrollado la tarea de una simple historia literaria sino una historia de los saberes y de los métodos de su transmisión, por ejemplo la enseñanza, y de su organización (clasificaciones, taxonomías; cfr. Blum /1969/ 1980, pp. 35 y ss.) Comprendía también aspectos más prácticos. Se presentaba, de un lado, como introducción al estudio de cada una de las disciplinas y, de otro, como instrumento para el hallazgo y la divulgación de informaciones bibliográficas (*notitia librorum*).

En la actualidad, la bibliografía no tiene éxito en elaborar proyectos de gran envergadura. Debilitada, como la *Historia Literaria*, parece reducida a un restringido número de normas de citación: desde los elaborados manuales como el *Chicago Manual of Style* hasta las más modestas instrucciones para la compilación de bibliografías dadas por las universidades, editoriales y revistas. Hoy resulta difícil entre docentes e investigadores articular un discurso sobre el status de la bibliografía. Es la consecuencia del modo de entender esta disciplina, del papel que, en el curso de los estudios universitarios se le ha atribuido: han desaparecido el significado originario y el conocimiento de sus competencias. ¿Cómo recomponer su rostro desfigurado? ¿Qué vías seguir para reconquistar unidad y centralidad?

La bibliografía ha encontrado opciones al volver a reflejarse en su historia. En este sentido, las aportaciones de algunos estudiosos italianos contemporáneos son relevantes: desde la lúcida y, al mismo tiempo, esencial *Bibliografía. Historia de una tradición* de Luigi Balsamo a la monumental *Historia de la Bibliografía* de Alfredo Serrai.

A través de la observación de las vicisitudes históricas y la comparación de los usos bibliográficos se ha logrado poner de relieve la vocación de la disciplina y especificar sus funciones. Partamos de estas complejas reconstrucciones para proponer algunos temas.

La bibliografía opera en una dimensión cultural, se ocupa de cultura. Su “precisa función institucional” se realiza en el “entorno del sistema de difusión de la cultura” (Balsamo 1992, p. 5).

Por lo demás, su vocación preeminente, según Serrai, es ocuparse, inventariándolos y catalogándolos, de los “documentos escritos”, de las “memorias escritas”. Efectivamente, afirma Walter Ong, basándose en las investigaciones de Jack Goody, “las listas, los elencos comienzan con la escritura” (Ong /1982/ 1986, p. 176). Es raro oír recitar una lista de nombres a menos que no sean leídos en una lista escrita. Por esta razón las listas no tienen “equivalentes orales” (Goody) (4).

Desde que la oralidad fue sustituida por la escritura, el soporte, la base de todo signo se ha convertido en elemento indispensable para la difusión de la cultura. Si la bibliografía se propone registrar y organizar las informaciones relativas a los productos de la cultura escrita, también debe ocuparse del soporte físico. Y el soporte está ligado a la tecnología. La misma escritura, escribe Ong, es tecnología aplicada

a la palabra. En estos momentos, una parte de los conocimientos viajan a través de la imperceptible consistencia de los bit: la electrónica proporciona al libro un nuevo tipo de soporte.

La bibliografía contribuye a salvaguardar la memoria del saber. De tal modo estaban los chinos convencidos de ello que titularon su más antigua bibliografía surgida en la dinastía Han (206 a. C.-9 d. C.) como *Memoria del arte y de la literatura* (Woo 1938, p. 3). La bibliografía, empero, no ejercita solamente la facultad que nos permite conservar y recuperar en la mente las noticias relativas a los libros. Si se limitase a esto, produciría interminables listas de datos heterogéneos. Se trataría, en esencia, de un burdo registro de lo que se ha publicado o se publica sobre un tema o sobre un determinado autor. La consulta de tal instrumento sería dificultosa e inútil. Desde sus primeras fases, la bibliografía ha tenido también la tarea de codificar y organizar los datos y los conceptos que recababa de los documentos sujetos a su criba. Crear índices es una de sus funciones peculiares. En un primer momento se preparan los índices de nombres. En otros términos, se crea lo que podríamos definir, teniendo en cuenta el significado de una definición acuñada por Ong, la “etiqueta”: la descripción del libro. La bibliografía es en el fondo una colección de descripciones: toma como referencia datos extraídos de un volumen y los sintetiza en una referencia, en una secuencia ordenada de palabras (etiqueta).

Solo con el transcurrir de los siglos la referencia bibliográfica ha adquirido la fisonomía hoy conocida. La concepción de autor en la obra de San Jerónimo, por ejemplo, y en algún modo también en la de Gesner, difiere sensiblemente de la actual. La imprenta ha contribuido a conformar la descripción hasta lograr campos individuales standard. Autor, título y partes del título, ciudad de edición, editor, año de edición son ya elementos frutos de una división.

La indización semántica es otra importante actividad ejercida por la bibliografía. La acción de clasificar, sostienen los expertos, es “un fundamento capital del pensamiento” (*Sistematica e classificazione* 1981, p. 1025). Todo tiene su origen, como explica de modo brillante Bottéro estudiando a los antiguos sumerios, en una “indiscutible propensión a la curiosidad de las cosas”, en “una tendencia a analizarlas y ordenarlas”, en una especie de racionalidad que explica la antiquísima pasión por la compilación de listas, por la clasificación, por los diccionarios” (cfr. *Sistematica e classificazione* 1981, p. 1026). En China la bibliografía está estrechamente ligada a la clasificación. La historia de la bibliografía china se divide en tres grandes períodos, cada uno caracterizado por un sistema distinto de clasificación (Woo 1938).

Si la bibliografía favorece y sostiene esta natural y, al mismo tiempo, compleja disposición, volverá a desempeñar el papel de una disciplina, como sostiene Serrai, que elabora la “clasificación de los conocimientos” y facilita “el encuadramiento general de las ciencias y de las doctrinas” (Serrai 2000, p. 15). El bibliógrafo está llamado a describir los territorios del conocimiento, a trazar sus límites, a individualizar y catalogar los lugares. Utilizando un paralelismo con los geógrafos, el bibliógrafo diseña los mapas que permiten orientarse en el interior de los territorios del saber pero también organizar, en la vasta región que acoge los testimonios escritos, los temas y los contenidos registrados en los documentos:

La Bibliografía es mapa e índice de la literatura, de la ciencia y de la cultura en cuanto actividades que se fundan y se expresan por medio de testimonios documentarios. La Bibliografía es por ello madre de todas las disciplinas que se ocupan de organizar y estructurar las comunicaciones escritas –pretéritas y actuales, registradas y transmitidas– y a estudiar sus soportes, los procesos y las técnicas que sirven a su traslado por una fuente, un emisor o un receptor (Serrai 2001, p. 80).

Una tarea ambiciosa, quizá un desafío, sin duda una de las vías a seguir para comprender qué es la bibliografía.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ATKINSON, R. *An application of semiotics to the definition of bibliography*. En “Studies in Bibliography”, n. 33, 1980 pp. 54-73. Trad. italiana, *Un’applicazione Della semiotica alla definizione di bibliografía*, en ZAGANELLI, G. y CAPACCIONI, A. *Catalogare l’universo. Approci semiotici alla bibliografía*. Torino, Testo & Immagine, 2004, pp. 81-104.
- BALSAMO, L. *La bibliografía. Storia di una tradizione*. Firenze, Sansón, 1992.
- BESTERMANN, T. *Les débuts de la bibliographie méthodique*. Paris, La Palme, 1950.
- BLUM, R. *Bibliographia: eine Wort –und begriffsgeschichtliche Untersuchung*. En “Archiv für Geschichte des Buchwesens”, n. 10, 1969, coll. 1009-1246 (Trad. ingl. *Bibliographia. An Inquiry into its Definition and Designations*. Chicago, Dawson, Folkestone, American Library Association, 1980).
- BLUM, R. *Kallimachos und Die Literaturverzeichnung bei den Griechen. Untersuchungen zur Geschichte der Bibliographie*. Frankfurt am Manin, Buchländer-Vereinigung, 1977 (Trad. ingl. *Kallimachos. The Alexandrian Libray and the Origins of Bibliography*. Madison, The University of Wisconsin Press, 1991).
- BLUM, R. *La Firenze bibliotecaria e bibliofilia degli anni 1934-1943 nei ricordi di un tedesco non ariano*, al cuidado de D. Maltese en “La Bibliofilia”, n. 2, 2000, pp. 213-236; n. 3, pp. 265-297.
- BRAUN, L. *Conrad Gesner*. Ginebra, Editions Slatkine, 1990.
- CANFORA, L. *La biblioteca scomparsa*. Palermo, Sellerio, 1987.
- CAPRONI, A. M. *La bibliografía generale: strumento di comunicazione e materiali*. Napoli, Società editrice napoletana, 1980.
- CASSIODORO. *Le istituzioni*, al cuidado de M. Donnini. Roma, Città nuova, 2001.
- CHARTIER, R. *L’ordre des livres. Lecteurs, auteurs, bibliothèques en Europe entre XIV et XVIII siècle*. Aix-en-Provence, Alinea, 1992 (Trad. ital. *L’ordine dei libri. Lettori, autori e biblioteche in Europa dal Medioevo al XVIII secolo. La produzione del libro e i suoi usi nella società del Antico Regime*. Milano, Il Saggiatore, 1994).
- GREG, W. W. *Bibliography. An Apología*, en Rosenblum, 1998^a.
- GREG, W. W. *The Present Position of Bibliography*, en Rosenblum, 1998^b.
- GREZ, W. W. *What is Bibliography?*, en Rosenblum, 1998^c.

- GIL, F. *Sistematica e classificazione*, en *Enciclopedia*, vol. XII. Torino, Einaudi, 1981, pp. 1024-1044.
- LÓPEZ YEPES, J. *Introducción al concepto de Bibliografía*. En Idem (Comp.). *Fundamentos de Información y Documentación*. Madrid, EUEDEMA, 1989, p. 92.
- ONG, W. *Orality and Literacy. The Technologizing of the Word*. London-New Cork, Routledge, 1982 (trad. ital. *Oralità e scrittura. Le tecnologie della parola*. Bologna, Il Mulino, 1986).
- ROSENBLUM, J. (al cuidado de). *Sir Walter Wilson Grez. A Collection of his Writings*. Lanham-London, The Scarecrow Press, 1998.
- SERRAI, A. *Storia della bibliografía*. Roma, Bulzoni, 1993, vol. IV.
- SERRAI, A. *Storia della bibliografía*. Roma, Bulzoni, 1997, vol. VII.
- SERRAI, A. *Ricomporre il volto sfigurato della bibliografía*, en Idem. *Analecta libraria. Temi di critica bibliografica e di storia bibliotecaria*, al cuidado de M. G. Ceccarelli. Roma, Bulzoni, 2000.
- SERRAI, A. *Il cemento della bibliografía*. Milano, Bonnard, 2001.
- STOKES, R. *The Function of Bibliography*. London, André Deutsch, 1969.
- TANSELLE, G. T. *Enumerative Bibliography and the Physical Book*, en Idem. *Literatura and Artifacts*. Charlottesville, The Bibliographical Society of the University of Virginia, 1998.
- TRANIELLO, P. *La biblioteca pubblica. Storia di un istituto nell'Europa contemporanea*. Bolota, Il Mulino, 1997.
- VOIGT, K. *Il refugio precario. Gli esuli in Italia dal 1933 al 1945*. Scandicci (Flor.), La Nuova Italia, 1993.
- WOO, K. *Histoire de la bibliographie chinoise*. Paris, Librairie E. Leroux, 1938.